



JUAN CLÍMACO

Por Norma Novoa

“¿A quién tengo yo en los cielos? A Ti Señor, fuera de Ti, nada deseo sobre la tierra... Si unos aspiran a la riqueza, otros a la gloria u otra posesión, mi bien es estar apegado a mi Dios, único fundamento de mi esperanza... ¿Qué bien más sublime puede existir al de estar unido con el Señor y perseverar en esa unión ininterrumpida con Él?”

Juan Clímaco, cuyo apellido proviene del libro que él escribió “Escalera para subir al cielo” o “Escala al Paraíso”, que llegó a ser muy popular en la Edad Media en Occidente y es el texto más leído, después de la Biblia, en el cristiano Ortodoxo de Oriente. Y escalera o escala en griego se dice “Klímaco”. Nació hacia el año 575, entre las montañas del Sinaí, donde Moisés encontró a Dios y Elías oyó su voz, Juan vivió y narró sus experiencias espirituales.

La Escalera es un tratado completo de vida espiritual, en el que Juan describe el camino que va desde la renuncia al mun-

do hasta la perfección del amor; está destinada no sólo para los monjes, también para los que viven en medio del ajetreo diario, ya que Dios invita a todos a llevar una vida de integridad. Al respecto escribe:

“Dios es el amparo de todos, ateos o creyentes, justos o injustos, devotos o impíos, de cuantos están libres de pasiones y de los cautivos, de los monjes y de los que viven en el mundo, de sabios e ignorantes, de sanos y enfermos, de jóvenes y ancianos. Dios es como luz desbordante, como el fulgor del sol. A todos se da por igual porque para Dios no hay acepción de criaturas”.

El ascenso por la escalera que nos lleva a la unión con Dios consta de treinta escalones, cada uno de los cuales está ligado con el siguiente y habitualmente se unen en grupos. Habla de tres etapas: ruptura con lo mundano, ejercitarse en la virtud y unirse con Dios.

1ª etapa: Renuncia del mundo y obediencia a un Maestro espiritual

“Pide renuncia y desprendimiento de los bienes terrenos y del egoísmo. Pide vaciar el corazón para que Dios lo pueda llenar totalmente... Esta renuncia desemboca en la sumisión a Dios, que es el camino a la humildad.”

Esta primera etapa tiene como fin fundamental el de volver al estado de infancia, de inocencia. Lo esencial, por tanto, no es la ruptura, sino la vuelta a la verdadera infancia en sentido espiritual, el llegar a ser como niños. Este camino hacia lo que Juan denomina de la infancia espiritual es necesario, pues es preciso superar la actitud de arrogancia que hace decir: “yo soy mejor, yo puedo todo”, esta etapa es un asomarse con humildad al horizonte de la fe, porque dice Clímaco que la fe debe ser siempre nuestra compañera para poder entrar en la enorme vastedad del mundo de Dios, ella es quien otorga las alas que nos eleva hacia el Cielo. De esta forma nuestra alma crece al crecer el sentimiento del corazón hacia el Señor. Esta fase está formada por los primeros ocho peldaños de la escalera que son: renunciación, desprendimiento, verdadera peregrinación, la bienaventurada obediencia, penitencia, memoria de la muerte, del llanto causador de la verdadera alegría y de la perfecta austeridad y mansedumbre.

El primer grado de renunciación que se debe hacer es dejar por amor a Dios todas las cosas del mundo; luego es dejarse a sí mismo; que es dejar la propia voluntad; para que este modo nuestro espíritu pura y enteramente se ofrezca, traslade, y una a Dios. El segundo grado de la renunciación de sí mismo es la privación de los apetitos y aficiones sensuales:

“Aislamiento del mundo, es negamiento de la propia naturaleza, por gozar de las cosas que son sobre naturaleza... porque cuanto crece el amor a Dios, tanto decrece el amor al mundo y cuanto crece el amor al mundo, tanto decrece a Dios”

El tercer grado de la renunciación es el continuo deseo de unión de nuestra alma con Dios, para lo cual se hace el hombre peregrino y extranjero de todas las cosas del mundo, desterrando de sí el amor desordenado de las cosas, para que suelto el corazón de estas cadenas, pueda sin impedimento, con las alas de la Fe, volar hacia Dios, unirse y reposar en Él:

“Es dejar todas las cosas para poseer a Dios en plenitud”

Luego de estos tres grados de renunciación, deberemos transitar el camino de la perfecta obediencia que es perfecta negación de las cosas del cuerpo declarada con fervor y voluntad del alma. Para esto ayuda mucho la fe y la devoción inviolable al Maestro Espiritual. Enseña Juan que es necesario notar con atención plena sus virtudes y obras loables, y guardarlas como un preciado tesoro en la memoria:

“Muestra a Dios en tu corazón la confianza que tienes en tu Maestro espiritual y el limpio amor que le profesas. Por caminos desconocidos Dios hará que te comprenda y ame con la misma disposición que tú tienes para él”.

De la obediencia nace la humildad, y de la humildad la tranquilidad del ánimo.

“Obediencia es actuar sin preguntar por qué, vivir con sencillez, afrontar el peligro sin preocuparse, no presentar excusas ante Dios... El Señor alumbró los ojos ciegos de los obedientes para ver las virtudes de sus Maestros; y Él mismo los ciega para que no vean sus defectos”

La perfecta obediencia desemboca en el quinto escalón que es la penitencia; ella consiste en un corazón descuidado de sí mismo por el continuo cuidado de satisfacer a Dios, es reconciliación con el Señor y su creación, mediante las buenas obras, es purificación de la conciencia:

“Hacen penitencia aquellos a quienes Dios infundió espíritu de verdadera y perfecta purificación, y abrió los ojos con su divina luz para ver la hermosura del mismo Dios; la penitencia es considerada la virtud divina, y el espíritu de la purificación verdadera”

El sexto peldaño de la escala es el de la memoria de la muerte; dice Juan que aquel que está muerto para todas las cosas mundanas se une más rápidamente a Dios y se prepara para la eternidad, el séptimo peldaño al cual denomina llanto causador de la verdadera alegría, es llorar por la falta de Dios en nuestra vida, llanto que despertará la templanza del corazón y el bendito silencio, dice Juan:

“No tiene Dios, hermanos, necesidad de nuestras lágrimas, ni quiere que el hombre llore puramente por la angustia de su corazón, sino por la grandeza del amor que se debe tener a Dios, acompañado con alegría de corazón... es sentimiento del corazón afligido, el cual busca con grandísimo ardor lo que desea”

Llegamos así al octavo escalón que es el de la perfecta austeridad y de la mansedumbre, es un estado constante e inmóvil del alma que persevera de una misma manera entre loas, vituperios y alabanzas, entre la buena fama y la mala:

“Añade la bondad y la dulzura, con las que debes revestirte si quieres liberar al corazón de todo aquello que arranca la libertad, y poder elevarte sin esfuerzo hacia Dios”.

Juan Clímaco ha trazado un excelente diseño poniendo a nuestra disposición una vía ascendente, un tratado espiritual sacado de su propia experiencia, él ha levantado una escalera simbólica que conduce, a través de treinta escalones, hacia la perfección.

Pasamos a la siguiente etapa donde Juan analiza todas las virtudes y todos los vicios. Luego propone los medios para alcanzar las primeras y vencer los segundos. Y lo hace con un lenguaje claro y lleno de ejemplos.

2ª etapa: Es la vida activa o práctica de las virtudes

“Todos aquellos que emprenden esta hermosa senda, dura y ardua, deben saber que han venido a arrojarse a un fuego, si verdaderamente desean que el fuego inmaterial del Divino Espíritu habite en ellos... Así como saliendo el sol huyen las nieblas, así comienza a extenderse el suavísimo olor de la humildad que destierra todo el furor y amargura del corazón...”

Esta fase exige la disposición a la corrección, a la sencillez y a la humildad, para ello se debe desarrollar el trabajo contra las pasiones desordenadas. Aquí se centra en vicios concretos y en las virtudes que servirán para combatirlos. El asceta se libera de la rabia y el rencor, se aparta de la mentira o la calumnia hacia los demás y alaba el silencio que le permite meditar. De esta forma no caerá en la acedia y podrá dedicarse activamente a mejorar en su camino espiritual, sin estar sometido a los dictados del cuerpo, por eso rechaza la gula y la lujuria y vive una existencia de pureza y austeridad. Aquí, el trabajo para controlar las pasiones se reviste de positividad, Juan sostiene que nunca debe verse como una cosa negativa, gracias a la imagen del Espíritu Divino, que es el fuego del amor y de la verdad. Climaco enseña que sólo la fuerza del Espíritu asegura la victoria, es importante tomar conciencia de que las pasiones no son malas en sí mismas; lo son por el uso incorrecto que de

ellas hace el hombre, si son purificadas, las pasiones le abren el camino hacia Dios con energías unificadas por la ascesis.

Los peldaños que componen esta etapa son: resentimiento o ira, maledicencia, verbosidad y silencio, de la mentira, de la acidia o pereza, de la famosísima y perversa señora de la gula, castidad o pureza, la avaricia y de la pobreza.

Juan enseña que desterrando de sí la ira, se alcanzará el don de la compasión divina, otro escollo que encontraremos en nuestra ascensión será la maledicencia, ésta es hija del odio, enfermedad sutil y tosca, “*sanguijuela oculta e inadvertida*”, que malgasta y consume la fuerza del Amor Divino. En el undécimo escalón nos dirá que la verborragia es silla de vanagloria, es señal de ignorancia, en contraposición está el silencio y señala que con el silencio del hombre, la vanidad queda vencida. El escalón que le sigue hablará de todos los problemas que ocasiona la mentira y dirá que:

“Cualquier hombre sensato no tiene por insignificante la mentira, es destierro del amor, es negación de Dios, porque Él es la Verdad”

En el decimotercer escalón encontramos un gran enemigo del sendero espiritual como lo es la acidia o pereza, pues ella es parálisis del alma, debilidad mental, complacencia en las cosas mundanas. En el decimocuarto escalón encontramos a la famosísima y perversa señora de la gula:

“Ancho y espacioso es el camino del vientre que lleva la perdición de la glotonería y muchos son los que caminan por él: y por el contrario, cuan angosta es la puerta, cuan estrecho el camino del ayuno, que lleva la vida de la virtud; y pocos son los que van por él”

En el escalón siguiente, de la Castidad o Pureza, dirá:

“Es escudo celestial del corazón terreno, la castidad nos aproxima a la naturaleza incorpórea de los ángeles. Casto es el que con Amor vence a otro amor. Hombre casto es aquel cuyos miembros están perfectamente sometidos al alma”

En los dos últimos peldaños (16 y 17) de esta segunda etapa, hablara de la avaricia o codicia, que es una gran generadora de ídolos, es hija de la promiscuidad, sostiene que ella es inventora de enfermedades, profeta del heraldo de la sequía; y dirá:

“Grande es aquel que por amor a Dios renunció la posesión de los dineros; mas es santo quien renunció a su propia voluntad; porque aquel recibirá ciento tanto más, o de bienes temporales, o de espirituales; más el otro, el santo, poseerá la vida eterna con derecho y título de heredero”, en contraposición encontramos a la pobreza: “el monje pobre es dueño del mundo. Ha puesto en manos de Dios todas sus posesiones. Por su fe todo lo posee”

Aunque seamos tentados fuertemente en esta fase del camino, Juan asegura que, una vez andado esta senda, el Espíritu Santo puede hacerse presente en el alma para guiarnos en la ascensión.

Dicen que a Juan Clímaco, Dios le concedió un gran don: el de lograr llevar la paz a muchísimas almas angustiadas y llenas de preocupaciones. El santo decía a aquellos que se acercaban para pedirle consejo:

“Así como los israelitas quizás no habrían logrado atravesar el desierto si no hubieran sido guiados por Moisés, así muchas almas no logran llegar a la santidad si no tienen un Maestro espiritual que los guíe”.

Y él fue un guía y Maestro para millares de personas por más de 40 años. Su gran legado es esta escalera muy firme que nos conduce de las cosas terrestres a las santas realidades, en cuya cima nos uniremos con Dios.

3ª etapa: Evitar las trampas del ascetismo y vida contemplativa o de unión con Dios

“Cuando hayáis revestido de dulzura y de ausencia de cólera, no os costará mucho más liberar vuestro espíritu de su cautiverio”

A partir de aquí el Espíritu Divino se hace presente en el alma para guiarnos en la ascensión, aunque se sufrirán mu-

chas más tentaciones en esta fase del camino. Primero por la insensibilidad y falta de reflexión, el exceso de sueño que impide estar alertas para meditar. La cobardía es el segundo peligro, ya que cuanto más se sube por la escalera, más inclinación tiene ésta, por cuanto más atención requiere. El último peligro es el orgullo, el mayor enemigo con el que nos vamos a enfrentar.

En estos últimos peldaños dirá:

18) El sueño, de la oración en comunidad:

“Uno es el sueño, y tiene muchas ocasiones y causas, unas veces procede de la naturaleza, otras de los remolinos de la mente, y a veces también de grandes y excesivos ayunos, pero aquel que cuando ora piensa en lo íntimo de su corazón que asiste delante de la presencia de Dios, estará como una columna inmóvil, y no será de ninguna de estas maneras incitado a dormir”.

19) Ejercitar las sagradas vigiliass:

“Ellas apagan el encendimiento del cuerpo, y libran de las imaginaciones de los sueños, ellas son corazón sereno y amable, freno de los pensamientos, alimento digerido, pasiones amansadas”.

20) Del temor pueril:

“El alma soberbia es esclava del temor; porque confiada en sí misma, no merece el favor y esfuerzo de Dios; y así teme el sonido y la sombra de las cosas”.

21) Vanagloria:

“Es cambio del orden natural, perversión de carácter, corrupción de costumbre, procura de agradar a los hombres y no a Dios”.

22) De la soberbia:

“Es negación de Dios, es extrema pobreza del alma disfrazada de riquezas y de luz cuando en realidad es tinieblas”.

23) Del espíritu de la blasfemia:

“Causa de desesperación, y de consumirse y perderse toda su confianza”.

24) Mansedumbre:

“Antes del sol sale la luz de la mañana; y antes de la humildad precede la mansedumbre. La mansedumbre es el sostén de la paciencia, la madre del amor y fundamento del discernimiento”.

25) De la altísima humildad:

“Vencedora de todas las pasiones. Humildad es don de Dios, y un nombre inefable de sus riquezas”.

26) Discernimiento, de la discreción:

“Discernimiento es la capacidad de distinguir sin errores entre lo que es verdaderamente bueno y lo que por su natura-

leza se opone al bien, el discernimiento es un verdadero y cierto conocimiento de la voluntad de Dios acerca de lo que debemos hacer en todo tiempo”

La última fase (escalones 27 a 30) lleva a la adquisición del hesicasmo o paz espiritual como anticipación del estado de gracia eterna. Aquí prevalece la oración, la paz interior, la práctica de las virtudes teologales (Fe, Esperanza y Caridad), en esta etapa la gracia domina casi por completo. Esta última fase del camino es la perfección espiritual que se desarrolla en los últimos cuatro peldaños de la Escala. Estos son los estadios más altos de la vida espiritual, experimentables por los hesicastas, los solitarios, que han llegado a la quietud y a la paz interior; pero son estadios accesibles también a los devotos más fervientes. Aquí se entra en lo profundo del alma y de la sensibilidad espiritual del corazón, donde se descubren los dones de Dios:

27) Quietud, reposo:

“La hesychia o quietud es el perfecto autodomínio y disciplina de sentimientos y costumbre, es perfecto dominio de los propios pensamientos y un espíritu inalterable”.

28) Oración, la sagrada quietud del cuerpo y del alma:

“Oración es diálogo del hombre con Dios, unión mística. El primer grado de la oración consiste en arrojar, mediante un pensamiento o una palabra, simple y fija (monológica), las

sugestiones en el momento mismo en que aparecen. El segundo, es vigilar nuestro pensamiento únicamente en aquello que decimos. El tercero, el rapto del alma en el Señor. Porque no es otra cosa oración, sino alienación y apartamiento de todo este mundo visible e invisible; esto es, que con tanta atención te conviertas a Dios, que te olvides de todas las cosas”.

29) La bienaventurada tranquilidad y la perfección:

“Esta perfecta perfección de los perfectos, de tal manera santifica el hombre, y así lo arrebatada y levanta sobre todas las cosas terrenas, que después que ha entrado en este puerto celestial, la mayor parte de esta vida carnal la gasta en estar absorto y arrobado en Dios”

30) De la unión y vínculo de las tres virtudes Teologales, fe, esperanza y caridad:

El último peldaño de la escala, lleno de la “sobria ebriedad del Espíritu” se dedica a la “Suprema trinidad de las virtudes: la fe, la esperanza y sobre todo la caridad, con las cuales están en unidad y trabadas todas las otras virtudes y dones del Espíritu Santo. Porque todas ellas se ordenan a estas tres, y estas tres enderezan, informan, y perfeccionan a todas. Entre las cuales la mayor es la caridad; pues el mismo Dios se llama caridad, aunque Él es caridad increada. La primera de estas tres virtudes, la fe, es como rayo que procede de aquella verdad increada para alumbrar nuestro entendimiento. La se-

gunda que es la esperanza, es como lumbre, con la cual el corazón es alumbrado para esperar las promesas divinas. Con la esperanza se alivian los trabajos, y se suspenden las fatigas. La tercera que es la caridad, es como un círculo perfecto, el cual incluye dentro de sí todas las virtudes; pues es motivo de todas ellas, y a todas comunica su perfección. Finalmente la primera puede todas las cosas en Dios; la segunda anda siempre al derredor de su misericordia, y libra el ánimo de confusión; y la tercera permanece para siempre, y nunca deja de correr; porque el que de este bienaventurado furor está tocado, no puede ya reposar. Porque caridad es una semejanza participada del Espíritu Santo. El que ama a Dios también ama a su prójimo: y esto segundo es argumento de lo primero”.

Clímaco afirma que no se llega a Dios por los esfuerzos de la razón sino por la adhesión del alma enamorada. El hombre es imagen y semejanza de Dios y el amor constante a Dios es lo propio del alma. El alma que busca recuperar su condición de imagen y semejanza de Dios, que se purifica, no necesita ya de la razón para mostrar a Dios, pues lo tiene dentro de sí.

“El verdadero devoto es una mirada inmóvil del alma y un sentido corporal inquebrantable... el devoto es una luz que no se extingue a los ojos del corazón... Y así se abre el propio corazón, se aprende del Señor su misma bondad, su amor.

Usemos por tanto esta “escala” de la fe, de la esperanza y de la caridad, y llegaremos así a la vida verdadera”.

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
